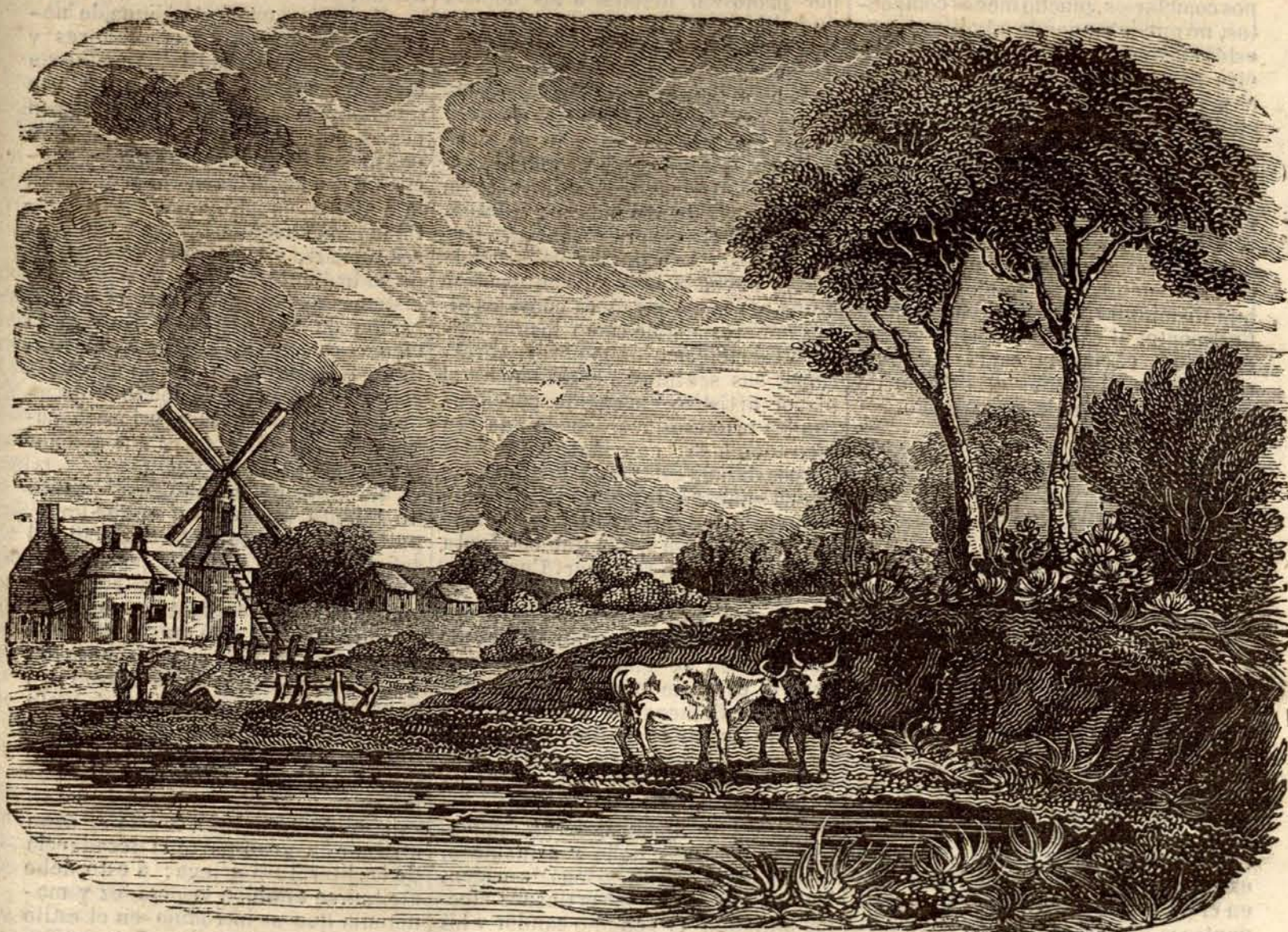


ALBUM PINTORESCO.



LOS COMETAS.

El sol, los planetas y sus satélites, no son los únicos cuerpos que aparecen en el cielo; se ven allí además otros cuerpos que tienen un movimiento esclusivo como los planetas, y que giran también en derredor del sol, pero en elipses estremadamente dilatadas. Estos cuerpos que hubieran podido llamarse con justicia *astros errantes*, han sido bastante tiempo el objeto del asombro de los antiguos, que los consideraban como el presagio de alguna gran desgracia.

El nombre de cometas que se les ha dado, significa *estrellas cabelludas*; esto proviene de que las más pronunciadas presentan un punto luminoso, un *tubo* rodeado de una aureola irregular, más ó menos brillante que toma la forma de una cabelle-

Abril 3 de 1853.

ra, y de que esta cabeza de astro va seguida de una ó muchas partes luminosas, comparadas á *colas*. Pero existen también otros cuerpos que ofrecen los mismos caracteres astronómicos, sin haber *tubos* ni *colas*, y que igualmente se llaman *cometas*.

Conocemos hoy un gran número de cometas. No podremos explicar como se reconoce que un cometa actualmente visible, se haya mostrado en cierta época, ó que no se haya apercibido, señalado ó determinado por los astrónomos. Nos limitaremos á decir que hay cometas, cuya marcha es de tal manera irregular, que dejan de ser visibles durante un gran número de revoluciones, y que no se los puede conocer cuando vienen á mostrarse de nuevo.

Aun cuando sean muchos los cometas observados, no hay, sin embargo, más que tres que tengan un período conocido y cierto. Uno de ellos verifica su revolución á los sesenta y

seis años y el tercero á los seis y tres cuartos.

Parece que cada revolución los cometas diseminan en el espacio una parte de la atmósfera que constituye su cabellera, y como esta atmósfera proviene de los vapores que salen del tubo, cuando el astro experimenta un fuerte calor al pasar el perihelio, este tubo disminuye constantemente, y el brillo del cometa se debilita á cada aparición. Esto es por lo menos, lo que resulta de los hechos actualmente conocidos.

No es imposible que los cometas aumenten, después de haber disminuido así durante cierto número de revoluciones; pero hasta hoy no hay ejemplo cierto de acrecentamiento, y las causas que pudieran producirlo no se conocen todavía.

Unos suponen que todo cometa, puede atravesando los cielos, volver á tomar una parte de la materia atmosférica que se encuentra allí abando-

nada; otros creen que aproximándose mas al sol, los cometas concluyen por precipitarse en él, saliendo después mas gruesos y mas brillantes que nunca.

Los cometas pasan muy cerca del sol á su periferio, penetran probablemente en la atmósfera de este astro, y como es hoy cierto, que el ether, que no opone resistencia apreciable á los planetas ni á los satélites, aumenta la duracion de la revolucion de los cuerpos cometarios, mucho menos compactos, no puede menos de admitirse, que estos mismos cuerpos, animados por otra parte de una gran rapidez hácia el periferio, deben experimentar una notable modificacion cuando surcan la atmósfera solar. Predomina la fuerza contripeta sobre la fuerza centrifuga, y el cometa, abandonando la curva que describía, se acerca poco á poco al sol. Por las mismas razones, una nueva aproximacion se sofocará á su cercana vuelta, el gran eje de la órbita disminuirá á cada revolucion, y finalmente, al cabo de cierto número de siglos, el cometa caerá sobre el sol. Tal es al menos el destino de muchos de los que han aparecido.

CAUSAS

DEL DESARROLLO LITERARIO DE LA ANTIGUA GRECIA.

(Conclusion.)

Dados ya los primeros pasos en la investigacion del origen de la literatura griega, aclarada, aunque no con tanta lucidez como fuera de desear, esa parte integrante de la historia de las bellas letras, réstanos examinar las causas que influyeron en el posterior desarrollo de esa gigantesca literatura, sobre cuyo origen nos hemos detenido ya. Réstanos saber por qué las artes de imaginacion tuvieron tanta preponderancia en aquel período, y por qué benigna influencia florecieron entonces casi simultáneamente tantos ingenios cuyos cantos y escritos han llegado hasta nosotros al través del torbellino de las generaciones, siendo citados en todas partes y en todas épocas como los mas puros y excelentes modelos del buen gusto literario.

El Egipto y la Fenicia no habian hecho mas que trasladar á Grecia la semilla de sus conocimientos; allí la habian sembrado, y habian dejado á otros el cuidado de su cultivo. A la bondad, pues, del cielo de la Grecia y á la eficacia de sus habitantes se habia de atribuir tan solo la prosperidad ó el desmejoro de aquella preciosa simiente abandonada en un terreno virgen al cuidado de hombres que acababan de salir del estado de barbarie. Por otra parte, no eran las artes de imaginacion las que mas predominaban ni en Egipto ni en la Fenicia: los fenicios eran ante todo mer-

caderes, y es sabido que los cálculos mercantiles matan el entusiasmo poético, porque no puede menos de perjudicar á la idealidad lo que está basado sobre dos elementos tan positivos como son el interés y los guarismos. En Egipto habia sacerdotes frios y enigmáticos, guerreros que no eran mas que guerreros, y pueblo que dividia entre si las profesiones útiles y las trasmitia de padres á hijos; pero no habia un solo hombre que tuviese por profesion deleitar á los demas; no habia un artista: el arquitecto no era mas que un operario que colocaba piedra sobre piedra, arreglándose al plan fijo, invariable y misterioso del modelo teocrático; el escultor no era mas que una especie de picapedrero, que sin genio propio ni gusto ageno, formaba pesadamente la cuarta parte de una inmensa estátua.

Peró la Grecia era un pais predestinado á ser foco de las artes: cualquiera novedad inspiraba entusiasmo á una gente observadora como los niños, impresionable como los mancebos y fuerte como los hombres. Abriéronse sus sentidos á la armonia y al placer artistico en cuanto percibieron los primeros acordes de una lira bien templada, en cuanto vieron las formas de una estátua ó la arquitectónica simetria de un edificio. Su inteligencia se lanzó en pos de su imaginacion por esa senda que con tanta gloria llegaron á recorrer. Comprendieron la dignidad de hombres, y conocieron que el pensamiento era libre y que su expresion debía ser bella. Todo se engrandeció entonces: el canto se hizo epopeya en los labios de Homero; el himno se hizo oda en los labios de Safo y Pindaro. La forma métrica varia hasta el infinito; la poesia adquiere la noble libertad de la música, y habla á los dioses y á los hombres en un lenguaje cada vez mas bello y armonioso. El siciliano Teócrito, griego de origen, inspira en sus bucólicas tiernos afectos pintando el sencillo candor y los inocentes amores; Anacreonte infunde en sus odas la dulce alegría de que estaba lleno su corazon. Cada poeta se lanza á su género nuevo, porque no halla suficientes modelos que imitar.

La emulacion produce sus frutos; los certámenes literarios á presencia de todo un pueblo despiertan la sed de los aplausos y el anhelo de conquistar coronas. Tucídides, ese célebre historiador, no es movido á escribir sino por los aplausos que el pueblo prodigaba á Herodoto. El consejo de los anfictiones, ese núcleo central, que daba un carácter de unidad á la reunion de tantos estados diferentes y aun opuestos en leyes y en costumbres, reúne en su seno á la mayor parte de las notabilidades de la Grecia, y las coloca á una altura desde donde puedan fácilmente difundir sus luces. La filosofia, entretanto, viniendo de las colonias, se introduce en el Peloponeso, multiplica sus escuelas y doctrinas, y saca una chispa de cada inteligencia con el eslabon del raciocinio. A la sombra del

gobierno republicano crece florida y pomposa la elocuencia popular.

Peró aquella filosofia, aquella elocuencia no habia degenerado todavía en dialéctica y en retórica; ni Aristóteles ni Isócrates habian venido aun á dar reglas al pensamiento y á la locucion. Aquella era la ciencia del corazon y del alma; no el arte que traba con pueriles preceptos las altas inspiraciones del genio, como el gorrion que da lecciones de volar al águila.

Y es cosa en efecto digna de notarse, que los filósofos, oradores y poetas de la antigua Grecia no fueron en la generalidad malos, sino hasta que hubo preceptistas que les dieron reglas para ser buenos: entonces la poesia se rebajó con imágenes pueriles y construcciones inverosímiles, la oratoria adoptó como recurso *autorizado* rebuscados giros y fastidiosos tópicos, y la filosofia se despojó de su brillante ropage de ingeniosos sistemas para perderse en el estéril campo de los sofismas. Cuando la ciencia se convirtió en arte, el estudio se convirtió á su vez en aprendizaje. Winckelman atribuye la decadencia de la literatura griega á haberse introducido entre los griegos la imitacion y la erudicion.

La imitacion supone casi siempre un talento inferior en el que imita, puesto que carece de la originalidad suficiente para trabajar por sí solo: el original se convierte entonces en copia, y como el copiante no sea muy bueno, la copia está muy espuesta á asemejarse á una ridícula parodia. En cuanto al alarde de erudicion, ya se manifieste por un lujo exorbitante de citas directas ó indirectas, ya por un cúmulo de noticias innecesarias ó triviales, perjudica mucho de todas maneras á la elegancia y á la naturalidad de un escrito. A esto se debe atribuir en gran parte la decadencia de la literatura griega; á esto debe atribuirse tambien la pesadez y monotonía que se introdujo en el estilo de algunos prosistas españoles en los pasados siglos.

Antes de concluir este artículo, debo mencionar un género de literatura nacido en el seno de la Grecia, y elevado en pocos años á una altura maravillosa: éste es el drama, primitivamente dividido en tragedia y comedia, género en el cual se hicieron célebres Sófocles, Eurípides, Aristófanes y Menandro. El teatro formó por mucho tiempo las delicias de la Grecia: su vigilancia estaba á cargo de los magistrados, y tanto prosperó esta seductora novedad, que á pesar del corto espacio de tiempo que media entre los dos, hay un abismo entre Tespis y Eurípides, que fué el que por entonces llevó la tragedia á su apogeo. Igualmente hay mucha diferencia entre el satirico Aristófanes y el delicado Menandro, que son los dos autores cómicos de quienes con mas seguridad podemos hablar. No sabemos lo que en otro pais y con otras condiciones hubiera adelantado el arte dramático; pero nos atrevemos á creer, que si Tespis y Esquilo

hubieran alcanzado nuestra gastada época, los sucesores de Téspis hubieran seguido intercalando hinchadas declamaciones entre ditrambo y ditrambo, mientras que los descendientes de Esquilo continuarían conduciendo de pueblo en pueblo, su carreton cargado de comediantes.

F. BELLO.

EL BAÑISTA DE DIEPE

POR

ROGER DE BEAUVOIR.

I.

Hacia aquella parte de la ciudad de Diepe que da en frente de la aduana y va á terminar en el puerto, ostentando con coquetería la línea blanca de sus casas, se distinguían ya en 1827 muchos edificios, cuyo solo aspecto revelaba las comodidades que disfrutaban sus moradores. Habiendo pasado casi todos estos edificios al poder de familias inglesas, ofrecían á la vista una larga serie de cortinas de colores, puertas de un hermoso verde con sus tiradores de cobre reluciente, cristales limpios y (cosa sorprendente, atendida la localidad) algunas macetas de flores sobre sus ventanas ó azoteas. Elegantes cabalgatas surcaban desde por la mañana la arena amarilla estendida á guisa de alfombra delante de sus fachadas, y por las tardes, como en una calle estraviada de Nápoles, el estrangero y el ocioso paseante hubiera podido recoger al paso muchas melodías argentinas producidas por el piano de alguna Corina de Escocia ó de Irlanda.

En medio de una hermosa mañana del mes de setiembre, la mayor parte de las casas de que acabamos de hablar, aspiraban las brisas refrigerantes del mar por sus persianas entreabiertas, y hácia una de ellas, que forma el ángulo del muelle, se dirigían tres personajes hablando familiarmente. El de mas edad, por el solo corte de su frac verde, de gruesos botones de oro, sobre los cuales habia esculpidas enormes cabezas de lobo, representaba muy á lo vivo uno de esos *gentlemen* algo encorvado que se vé en los cuadros de cazas inglesas; el mas jóven tenia toda la desenvoltura de un verdadero parisien.

Su compañero era un hombre de 33 á 34 años, y parecia sério y meditado.

—¿Con qué os empeñais en presentarme á lady Southwel, mi querido Rodolfo?

—Así es la verdad, doctor, y os lo exijo con tanta mas razon, cuanto que podeis serle útil. Una muger nerviosa, enferma...

—Creo que esta es la hora en que suele levantarse, replicó el jóven ba-

ron Rodolfo de Nanteuil; preguntad á sir Roberto....

Introducidos pronto por un camarero anciano, hallaron á lady Southwel en un elegante gabinete con un periódico inglés en la mano. Al ver la palidez estraña de su hermosa fisonomía y la sonrisa nerviosa que agitaba sus labios delgados, cualquiera observador hubiera podido adivinar el combate violento que atormentaba su alma. Levantándose no sin algun trabajo, saludó á sus nuevos huéspedes con aire inquieto.

—No me habeis anunciado anticipadamente vuestra visita... esta presentación... balbuceó lady Southwel.

Su mirada seguía todavía interrogando al médico, cuando sir Roberto se apresuró á llevarlo de la mano hasta el sofá donde estaba sentada la hermosa inglesa, diciéndola:

—Es el doctor Bernard, médico de los baños de Diepe.

—¡El doctor! replicó lady Southwel. ¿Sois doctor, caballero?

—¿Necesitais su diploma? exclamó Rodolfo saltando una carcajada. El doctor Bernard es el Hipócrates por excelencia, el grande, el sublime doctor. ¡Ha hecho aqui cosas maravillosas!

Lady Southwel se estremeció y dijo con acento que revelaba su turbacion:

—Seais bien venido, caballero. Presentado por el baron Rodolfo de Nanteuil y por sir Roberto...

—Estos señores me han dicho que estabais enferma, señora...

—Hoy no... me siento mejor hace algunos dias, añadió haciendo un esfuerzo singular para disimular su emocion.

La presencia del doctor, y sobre todo, el sonido de su voz, parecían haber sumergido á lady Southwel en una especie de estupor indefinible. Acariciando entonces con la mano á un lindo perrito fañero de la raza inglesa de los Kingis Charles, miraba á aquel hombre con la misma curiosidad que escita un enigma. El entretanto habia dejado su baston y su sombrero en el ángulo mas oscuro de aquella pieza, y manteniéndose de pie, aparentaba hojear muchos cuaderos de música esparcidos sobre el piano.

Este hombre era de alta estatura, y sus cabellos entrecanos indicaban sin duda los estragos del estudio. La impasibilidad ordinaria de sus facciones era realzada por el color bilioso de su tez, y la espresion de su mirada se hacia solamente imperceptible bajo la ancha cubierta de tafetan azul que acompañaba sus anteojos. Llevaba un levita de corte muy estrecho, especie de condescendencia á las modas inglesas que le daba buena acogida entre sus clientes británicos, y por último, una corbata negra, cuyas puntas simétricas caian sobre la pechera de su camisa, completaba el severo conjunto de su persona.

Mirábase lady Southwel, como hemos dicho, con una obstinacion de pensamiento y de exámen que ella misma no podia dominar, y llevando

al baron Rodolfo de Nanteuil al afeitar de una ventana, le presentó una hoja, que no habia cesado de estrójar maquinalmente entre sus dedos durante la primera parte de aquella escena. La uña sonrosada de la hermosa lady, incrustada en la mitad del diario, indicaba á Rodolfo un artículo de pocas líneas, artículo violento y personal por el estilo del *Satyrical*; mosca inglesa que pica indistintamente al lord y al plebeyo, á la duquesa y á la modista.

—Leed esto, dijo á Rodolfo; bien sabeis que notengo secretos para mis amigos...

—Y yo me opongo á ello, interrumpió friamente sir Roberto; el baron Rodolfo de Nanteuil no está, como vos y yo, aguerrido contra los ataques de la imprenta inglesa, y acaso ignora que se puede calumniar entre nosotros sin nombre de autor y á tanto la línea. No leais ese diario, baron, y puesto que lady Southwel me ha escogido por su confidente y su abogado, debo, como pariente suyo...

—De nada me remuerde mi conciencia, replicó con dignidad lady Southwel; muchos de nuestros compatriotas reciben aqui ese diario, y yo debo enseñarlo á mis defensores naturales. Acaso no lo sea demasiado el señor doctor, añadió lady Southwel volviéndose hácia el médico Bernard.

—¡Yo, señora! ¡Oh! toda mi vida bendeciré la feliz casualidad que me permita ser útil á una persona tan noble como vos. Ignoro de que se trata; pero no reconozco en ninguna persona indiferente el derecho de decírmelo... Cuando se os ha visto una sola vez...

—No os ocupeis ya de ese artículo, señora, replicó con farfantonería Rodolfo de Nanteuil, que acababa de recorrer rápidamente el diario. Dios quiera que no encuentre en esta ciudad algun tonto ó enemigo, porque os juro que le mataré.

Y con mano todavía alterada por la cólera presentó el *Satyrical* al doctor, que lo tomó sin vacilar.

—Esto es infame, dijo el doctor despues de haber leído. ¡Y es en Lóndres donde se atreven á imprimir semejantes cosas!

—Allí se calumnia á un francés, interrumpió Rodolfo llamando la atencion del doctor sobre el artículo. Leed... es un francés á quien acusan de haber sido hace dos años la causa de un divorcio entre lady Southwel y su marido... Vos, que sois hombre de honor, ¿no conoceis el nombre de ese miserable?... Está escrito con todas sus letras:—*Dionisio*.

—No conozco ese hombre, y por otra parte, es demasiado comun, replicó tranquilamente el doctor tomando de su caja un polvo de tabaco. Hacerse el eco de la mentira es una vergüenza; esas acusaciones absurdas no hallarán aqui crédito alguno. ¿Quereis que me encargue de publicar una carta en uno de los periódicos de esta ciudad?

—No por cierto, doctor, replicó el

baron, porque seria traducir la calumnia. Leedla en inglés y es bastante.

—Segun eso, señora, replicó el doctor Bernard, han encontrado medio de envenenar los dias pacíficos de vuestro retiro, haciendo llegar hasta vos este periódico como se lanza un dardo mortal á su enemigo. Aunque sé que muchas personas consideran inútil el médico del cuerpo para las heridas del alma, permitidme, sin embargo, que mis visitas...

—Os pido perdon por esta, caballero, respondió lady Southwel con tristeza; dispensadme que no haya podido dominar mis impresiones en vuestra presencia.

El doctor inclinó la cabeza respetuosamente; Rodolfo y sir Roberto se habian aproximado instintivamente á lady Southwel y le hablaban en voz baja. Recostada en el sofá; vestida con un traje blanco en forma de peinador, que aumentaba el encanto singular de su palidez; enlazadas las manos, que descansaba sobre su regazo, y apoyados los pies sobre su perro favorito, lady Southwel parecia una de esas imágenes fantásticas creada por el pincel de un hábil artista. Alguna que otra lágrima se desprendia por intervalos de sus párpados húmedos, y el ligero círculo azulado estendido bajo sus hermosos ojos oscurecia su tez, como hace con el mar la sombra de una nube.

En aquél momento dieron las tres en el reloj del salon. El doctor Bernard tomó su baston y sombrero, y disculpándose con una visita indispensable, se despidió de lady Southwel despues de haber prescrito algunas indicaciones que reclamaba su estado.

—¿Os ha desagradado la visita del doctor? dijo el baron Rodolfo de Nanteuil despues de algunos instantes de silencio. El doctor Bernard es un hombre de excelente tono, aunque algo frio.

—Hace algunos dias, baron, que tengo unas ideas muy raras, mirad ese diario... ese diario parece presagiarme alguna desgracia.

—Dejad hablar á vuestros envidiosos y enemigos ¿No teneis un brazo en que podeis apoyaros en lo sucesivos? replicó Rodolfo. La hermosa lady Southwel habrá visto que cuando llega la ocasion no dejamos impune la injuria. Cuando puede uno contarse en el número de los mejores discípulos de Grisier, que tiene muchos....

—Ciertamente, baron, no dudo ni de vuestro valor ni de vuestra destreza. Sois jóven, bien educado, agradais á cuantos os tratan, debeis agradecer; sobre esto no cabe disputa; pero tened la bondad de someteros como yo al juicio imparcial de sir Roberto, y preguntadle si no es peligrosa empresa defender á cada momento á una muger.

—¿Y por qué? Cuando la malignidad se ceba en ella, ¿es conveniente dejarla abandonada á sus tiros venenosos? ¿No es entonces un imperioso deber para cualquier hombre sacrifi-

carse y esportar sus dias por su causa? Yo á lo menos creo que esto es lo que cumple hacer á un caballero.

—O á un hombre galante... añadió maliciosamente lady Southwel. Escuchad, baron: si he escogido este año las playas de Diepe para seguir el régimen de baños que me está prescrito, es porque pensaba estar al abrigo de la maledicencia inglesa en un puerto de Francia. Habeis herido gravemente en desafío á un elegante de Escocia, al jóven Seidney, que, segun me habeis dicho, me habia insultado en Spá hace un año; desde entonces os habeis erigido en mi caballero, y Dios me libre de dirigiros por ello la menor reconvenccion. Sin embargo, debeis conocer que seria pregonarme y perderme el haceros aqui de nuevo mi campeón. Asi pues, como sé que teneis una mano muy desgraciada, os suplico que nada hagais...; las tropas no deben obrar sino por orden del general; pues bien, cuento con vuestra promesa de no sacar la espada delante de sir Roberto para defenderme.

(Se continuará).

VARIEDADES.

RECOMPENSA AL TALENTO. Queremos que recuerden nuestros lectores que en abril del año pasado, la Academia de Historia propuso un certámen, en el que se ofrecia un premio, que le constituia una medalla, valor de 4,000 reales, y trescientos ejemplares de la impresion, al que hiciera la mejor narracion histórica de la batalla de Lepanto en dicho concurso.

La adjudicacion de este premio ha recaido justamente en el aventajado escritor don Cayetano Rosell, que ha hecho un trabajo muy notable en este género de escrito. Todas las personas de gusto é inteligentes en la materia han hecho grandes elogios de esta obra. Felicitamos sinceramente al autor por este resultado, que á la verdad no nos sorprende, pues nos consta de lo que es capaz.

—**UN VIAGERO INCOGNITO.** Aseguran que muy pronto debe llegar á esta córte el célebre escritor Alejandro Dumas, que pasa á la pintoresca Andalucía á fin de examinar las preciosidades que encierran aquellos monumentos. Dicho señor, parece que viaja bajo el pseudonimo de Mr. Arturo; no sabemos el objeto que se propone al caminar de incógnito.

—Parece que la gran compañía de la India ha dictado ya las disposiciones necesarias para erijir en uno de los principales puertos de Inglaterra un grandioso monumento de mármol que eternice el nombre del ilustre duque de Wellington.

—Un jóven inglés de veinte años, habia sido sentenciado hace poco por el tribunal de *Durham* á dos años y medio de cárcel, por haberse casado

en menos de dos años hasta con seis mugeres, falsificando al efecto documentos. Uno de los jueces propuso que se le diera por castigo el vivir á la vez con las seis mugeres, pero los demas hallaron esta sentencia demasiado fuerte.

—El baron Enrique de Arnim, consejero áulico prusiano, y ministro que fué de S. M., ha sido tambien en segunda instancia declarado delincuente por la real audiencia de Berlin, á causa de haber publicado un escrito titulado *Apuntes para la politica de la contrarevolucion*, y por los dos discursos que pronunció en la primera cámara. La sentencia del primer juez, el cual acusó al señor de Arnim de haber querido estraviar la opinion pública, atizando al propio tiempo el odio y desprecio contra las autoridades, fué de dos meses de prision y una multa de 200 duros. Asimismo se dispuso que todos los ejemplares de dicho folleto fueran quemados, sentencia que halló asentimiento por los demas jueces.

—En muchas partes de Alemania se ha empleado últimamente con buen éxito el siguiente medio para precaver las plantas de las huertas contra los estragos de la limaza. Se toma para ocho partes de sulfato de hierro una de asafétida, cuyo olor no puede sufrir aquel molusco, mezclando ambas drogas en treinta partes de vinagre, con cuyo misto se riegan las plantas infestadas.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

ADVERTENCIA. Está terminada la reimpression del *Civilizador* en igual forma que tiene ahora el *Album Pintoresco*, y se están remitiendo los ejemplares á los suscritores que deben recibirlos gratis por no haber recibido el *Album* en tiempo oportuno, y á los que los han pedido abonando su importe. Tambien se han reimpresso los primeros números de la segunda serie del *Album* en que empezó á publicarse la *Cabaña de Tomás*, y se han enviado á los que no lo recibieron por haberse concluido.

OTRA. Con el presente número se reparten los prospectos del tomo segundo del *Viage ilustrado en las cinco partes del mundo* y de la *Instruccion para el pueblo ó Cien tratados sobre los conocimientos mas indispensables*; recomendamos su lectura.

MADRID, 1853.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.